HOMENAJE A LA MEMORIA DE FLORENTINO AMEGHINO

EN EL XXVIII° ANIVERSARIO DE SU MUERTE

ACTO ORGANIZADO POR EL CENTRO DE ESTUDIANTES DEL DOCTORADO EN CIENCIAS NATURALES

Organizado por el Centro de Estudiantes del Doctorado en Ciencias Naturales, y con el auspicio de las autoridades del Museo, el día 12 de agosto de 1939 tuvo lugar, en la biblioteca del Instituto, un acto de homenaje a la memoria de Florentino Ameghino en el XXVIII aniversario de su muerte.

Especialmente invitados, concurrieron altas autoridades universitarias, jefes de departamento y profesores del Museo, un representante de la Federación Universitaria, alumnos de la Casa y de las diferentes facultades y un público calificado y numeroso ; habiéndose desarrollado el acto de acuerdo al siguiente programa :

PALABRAS DEL PRESIDENTE DEL CENTRO DE ESTUDIANTES, SEÑOR JULIO ROBERTO CABEZA

El Centro de estudiantes del doctorado en ciencias naturales, que tengo el honor de presidir, siguiendo las normas establecidas por las anteriores Comisiones directivas, ha organizado por intermedio de la Sub-Comisión de Cultura y Publicaciones este Ciclo de Conferencias, que hoy inauguramos rindiendo homenaje al ilustre hombre de ciencia : Florentino Ameghino.

El objeto de estas conferencias, es el de vincularnos con los problemas que en el vasto campo de las ciencias naturales se presentan, dándonos así no solamente un ejemplo para conocerlos, sino, también, sirviéndonos de estímulo para que, desarrollando nuestros conocimientos, encaremos decididamente los que más tarde se nos presenten.

Para tal fin, nuestro Centro de estudiantes, por intermedio de su dinámica Sub-Comisión de Cultura y Publicaciones, se propone desarrollar un amplio programa, para lo cual ha solicitado la autorizada palabra de profesores y de estudiantes destacados de esta Casa de estudios.

Es doblemente grato para nosotros este sencillo pero significativo acto,

por cuanto en él se recordará la fecunda y patriótica obra realizada por un sabio argentino que honra a la cultura de nuestro país y que contribuyó con ella, también, al engrandecimiento de la cultura de las demás naciones. Y digo doblemente grato, porque en la persona del doctor Joaquín Frenguelli hemos encontrado, no sólo el auspicio, sino también su valiosa cooperación para la realización de nuestros propósitos, habiendo accedido gentilmente a nuestro pedido de inaugurar este Ciclo de Conferencias correspondiente al año 1939. En cuanto a la personalidad científica del doctor Frenguelli no he de referirme a ella, por ser muy bien conocida entre nosotros.

Doctor Frenguelli : el Centro de estudiantes de ésta, nuestra tan querida Casa de estudios, le hace presente su agradecimiento.

DISCURSO DEL ALUMNO, SEÑOR ARMANDO FEDERICO LEANZA

« Grandes ejemplos morales necesita la juventud. El más educador es la vida de un sabio ilustre, consagrado por entero a la investigación de la verdad. Pocos hombres de ciencia igualaron a Ameghino por la fe de sus ideales ; ninguno podrá excederle por la austeridad con que los sirvió sin descanso. » Tal dijo José Ingenieros de aquella luz maravillosa de América, de aquella luz que todavía nos alumbra, y que brilla y habrá de brillar siempre como una estrella, allá lejos, muy lejos, en el cielo, indicándonos el camino de la verdad.

Su vida de investigador es todo un ejemplo de modestia. Nunca, jamás, ante hechos que demostraron un error de su parte, vaciló en reconocerlos. Cuántas veces se corrigió a sí mismo ! No se consideraba infalible, y tampoco tuvo inconvenientes en confesar sus dudas cuando de algo no estaba seguro. Es lo que no debemos olvidar nosotros, que tenemos ahora, justamente, la edad en la cual Ameghino comenzó a brillar en el firmamento de la Ciencia.

Si comparamos la precocidad de Napoleón, guerrero, con la de Ameghino, naturalista, podríamos decir para éste lo que se dijo de aquél, parafraseando del siguiente modo : Claridades tan divinas van siempre unidas a la juventud y a la fecundidad ; y, realmente, Ameghino ha sido uno de los hombres más fecundos que nacieron jamás sobre la tierra.

Somos jóvenes y en él debemos inspirarnos, y debemos beber en nuestra Escuela los conocimientos que nos hagan dignos del Maestro, para que éste, desde su inmortalidad, sonría paternalmente y piense : He aquí, germinando, la simiente que supe sembrar. Y ese será nuestro mejor homenaje.

Ninguno de nosotros tuvo la dicha de conocerlo. Sin embargo, nos parece que su imagen vive en todos nuestros corazones.

No lo hemos conocido, y sin embargo, palpablemente, cerrando los ojos, lo hemos visto luchar, escribiendo una página en la historia de la Patria, una página de gloria, mil veces más gloriosa que las que evocan guerreros episodios.

Y pasa el tiempo, y nos parece más ciclópea la personalidad de aquel hombre extraordinario, cuya vida fué pletórica de majestad y de belleza; vida, cuya única ambición fué la de aprender y saber, y que nos invita hoy a la meditación y a un hondo recogimiento.

La vida, para él, fué una marcha continua e imponente, y el eco de sus pasos de gigante pareciera que nos dice: Adelante, adelante siempre!

Nunca la adversidad fué obstáculo a sus anhelos, ni jamás desmayó la actividad inmensa de su vida ejemplar.

En medio de la pobreza, supo, trabajando, ganarse el diario sustento; pero, entregado, sin embargo, a sus estudios predilectos.

Sus escritos, lisos y llanos, fueron un puente de plata entre la ciencia aristocrática y el pueblo.

Vivió apartado del bullicio del mundo; y, tal vez, un poco olvidado de las cosas terrenales, con una fe ciega en sí mismo, arma terrible que le puso una venda en los ojos y le dejó progresar el mal que prematuramente lo condujo a la muerte.

Se han cumplido en estos días 28 años de la muerte de nuestro gran sabio. ¿Cómo olvidarlo? ¡Imposible! Los que vivimos en esta Casa gran parte del día: ¿Cómo olvidarlo al contemplar las vitrinas repletas de objetos que fueron motivo de su particular preocupación y estudio? ¿Cómo no recordarlo, entonces, y pensar en la grandeza de su obra? Porque la obra de Florentino Ameghino es, sin duda, la contribución argentina más grande a las ciencias naturales. Y en este sentido podemos decir que la obra del sabio es honra y prez de la intelectualidad argentina.

Y lo más admirable de nuestro sabio es que él, por sí mismo, supo adquirir una vastísima cultura, que lo elevara entre los más grandes autodidactos de todos los tiempos. Y si es admirable su consagración incesante al estudio, no lo es menos el raro conjunto de sus grandes virtudes.

Ameghino, puede decirse, no conoció el descanso. Trabajó hasta los últimos instantes, hasta que materialmente no pudo más. Es que no cabían en su mente ideas de inactividad. Se cuenta que en una ocasión, después de trabajar 180 días seguidos en la confección de una de sus obras, tomóse un descanso... cinco días. Él mismo se lamentaba luego de esa holganza.

No es necesario agregar más para darnos cuenta de cómo alcanzó a escribir cerca de veinte mil páginas. Y de esta suerte, cualquier cosa que se diga de Florentino Ameghino incide como un ejemplo sobre nosotros.

En verdad, no podríamos encontrar palabras adecuadas para expresar nuestra admiración por el genial Maestro: prueba incontrastable de la imperfección del verbo. Entonces, quizá sea el silencio una expresión más fiel de aquellos sentimientos, y por cual lo recordemos, reemplazando la palabra por la acción, concentrándonos en el laboratorio y en el libro.

Cabe decir, también, que Florentino Ameghino fué admirado en todos los países, y su obra, considerada con respeto, habiendo sido, como antes dije, el más digno embajador de la ciencia argentina. Sin embargo, como

todo hombre de genio, tuvo sus detractores, que no pudieron, empero, hacerle mella.

Y allí está, inconmovible, el monumento de sus obras!

Y cuanto más se conoce de la vida del sabio, tanto más irreal y extraño nos parece.

Pensando en los medios de que dispuso y el poco tiempo que empleara en la producción de sus trabajos, preciso es convenir en que será difícil superarlo, no sólo en este aspecto, sino, y principalmente, en sus atrevidas concepciones: inmensas por las novedades aportadas a la ciencia.

Y para que de nuevo nos sonría desde su inmortalidad, dediquemos también un amable recuerdo a la memoria de su abnegado hermano Carlos, su colaborador de todos los tiempos, y quien, desinteresamente, sufriendo mil clases de privaciones y penurias, supo sacrificar los mejores años de su vida en viajes de exploración por inhospitalarias regiones, recogiendo diversos materirles para que Florentino los estudiara.

Compañeros que me escucháis:

Tratemos de seguir la estela luminosa de su glorioso paso por la ciencia, dedicando, en homenaje a su memoria, todos nuestros esfuerzos para saber más y mejor, para imitar, así, su única ambición: la de aprender y saber, y para que en el día de mañana, después de una vida dedicada al estudio, le admiremos aun más y podamos preguntarle: Maestro, ¿somos dignos de ti?

He de referirme, ahora, a la obra ameghiniana en su aspecto paleontológico. Naturalmente, con las palabras que pienso decir, no pretendo, en modo alguno, hacer una síntesis de aquélla, ni tampoco una crítica de la misma: primero, por el tiempo que demandaría tal propósito, y segundo, y esto es más importante, por mi escasa preparación para entrar a considerar de un modo analítico los diversos tópicos de la obra en cuestión. Además, para poder hacerlo con la totalidad de sus publicaciones, hubiera sido menester escribir cientos de páginas. Por lo tanto, sólo me limitaré a pasar en revista somera sus principales trabajos y estudios, tratando en lo posible de historiarlos.

Sin duda alguna, cabe a Florentino Ameghino el honor de haber dado un impulso vigoroso a la ciencia de los fósiles en nuestro país; y, no obstante la variedad de sus obras, puede decirse que aquél fué, antes que nada, paleontólogo. En tal sentido, puede decirse también que la obra realizada es vasta y considerable, y que ella constituye su verdadera gloria destinada a perdurar, como su nombre, a través de los siglos.

El método ameghiniano no se conforma con la simple descripción de las especies, que ubicadas después en un catálogo, nada nos dirían sobre la totalidad del reino animal. Podría hacer una comparación, no sé si afortunada, preguntando qué haríamos con nuestro idioma si sólo tuviéramos diccionarios faltándonos la gramática.

Es sabido, por otra parte, cuán poco exacto y natural le pareció a Ame-

ghino el concepto de *anomala* para los mamíferos que él desenterraba, husmeando, podría decirse, los lugares donde éstos yacían. Según su concepto « para estudiar la serie animal en su conjunto, con método filosófico, era necesario tratar de distribuir los diferentes animales en grupos distintos, según la afinidad que presentan entre sí, de modo que una vez que se conociera el nombre de un animal, y el grupo en que se encuentra, se conocieran al mismo tiempo sus principales caracteres, o viceversa, que conociendo los caracteres de un animal, se conociera por éstos, el grupo en que debiera encontrar colocación ; grupos secundarios que debieran reunirse a su vez en grupos principales según sus afinidades ». Es decir, que Ameghino trató de hacer una clasificación natural, donde primaba el concepto de afinidad que se refiere a la semejanza natural entre especies o grupos de mayor categoría. Se supone que los grupos más afines tienen un origen común.

Se trataba, entonces, de encontrar los carecteres que revelaran dicho parentezco ; y a medida que las búsquedas practicadas ponían a su disposición nuevos materiales de estudio, su fina observación le permitía vislumbrar esos lazos, en series graduadas de variaciones.

« Un *Toxodon* — decía — nos parece anómalo porque lo conocemos aislado ; pero las leyes evolutivas nos demuestran que tuvo predecesores y colaterales ; determinemos estas incógnitas, y el ser misterioso que se presenta como un aborto de la Naturaleza representará sólo un punto de la serie de numerosos seres, que lo unen con lazos indestructibles con el resto de la animalidad. »

Debemos admirar en Florentino Ameghino al hombre que nació para ser paleontólogo. Estaba dotado de especiales cualidades que hacían de él un observador rápido y fiel de los más mínimos detalles. Es bien conocido el caso que voy a contar. Se había enterado por los diarios del hallazgo de un diente de *Mastodon* en el norte de la República. Al caer la tarde se dirigió hacia el barrio de Belgrano, donde vivía el autor del hallazgo, para que le mostrara el resto fósil mencionado. Ya en la casa, fué invitado a pasar a una habitación pobremente iluminada, y cuando el dueño de casa se disponía a mostrarle el diente, Ameghino lo había visto ya, sobre una mesa situada en la penumbra. Y le bastó una sola mirada para darse cuenta que no era un diente de *Mastodon* sino de algo parecido. Creo que este ejemplo ilustra claramente con respecto al espíritu de profundo observador que tenía Florentino Ameghino.

En el año 1871, viviendo el sabio en Mercedes, en razón de sus ocupaciones que todos conocemos, se dedicaba a extraer del seno de la pampa misma un abundante material de estudio, que después de cuatro años de constante trabajo, es decir, en el año 1875, le permitió publicar sus primeras especies nuevas para la ciencia, aparecida en *Algunos fósiles nuevos de la formación pampeana,* y donde se revela como un investigador de positivos méritos cuando sólo contaba veintiún años de edad !

Sin embargo, consideró aún que era necesario dar a conocer al Viejo

Mundo los descubrimientos por él realizados. Y cruza el Atlántico, dirigido en su acción quizá por el deseo de conocer de cerca a esos hombres cuyos escritos habían sido para su vocación la voz de *Levántate y anda !*

En 1878 cumple la travesía, y llega a Europa con su pobre equipaje y con numerosos cajones repletos de fósiles que lleva para presentarlos en la Exposición de París.

En ese tiempo, y por falta de apoyo oficial, debió vender, apremiado por obligados motivos, parte de su hermosa colección, por la que obtuvo la suma de ciento veinte mil francos. Con este dinero, pudo visitar los museos de Europa, donde, en algunos casos, rectificó errores de clasificación y corrigió restauraciones. También dedicó parte del dinero en la publicación de su trabajo sobre *La antigüedad del hombre en el Plata.*

Durante su permanencia en Europa, se rodeó de hombres de ciencia, quienes, valorando justamente sus prendas morales, le dispensaron una sentida y sincera amistad.

En París, en 1880, publica, en colaboración con Gervais, a la sazón director del *Journal de Zoologie,* la famosa obra sobre *Los Mamíferos fósiles de la América Meridional,* con texto francés y en castellano.

Vuelve a la Patria, con el mismo pobre equipaje y con unos cuantos cajones repletos de fósiles, pero con la frente coronada de laureles, ganados en buena lid.

Vuelve a la Patria, pobre como saliera, y abre un comercio de librería para poder vivir. Sin embargo, pienso en este momento que no mucho debía ganar en este negocio, imaginándomelo a nuestro sabio en la trastienda, en largas conversaciones con sus grandes amores : los fósiles.

En 1880, ya en Córdoba, ayudado por su maestro, al que nunca olvidó, Adolfo Doering, consiguió que la Academia Nacional de Ciencias publicara su trabajo sobre *Los mamíferos fósiles de la República Argentina.* Esta sola obra bastaría para cimentar la fama de un naturalista. Y es exacto decir, que quien se ocupe de estudiar los problemas de nuestra paleontología, no podría escapar de buscar sus datos en los trabajos de Ameghino.

Siguiendo con la historia de nuestro paleontólogo máximo, llegamos al momento en que surge, a su lado, la figura de Carlos Ameghino, su hermano, quien, desde el año 1887, colabora eficazmente en las investigaciones del sabio. Cabe recordar, con este motivo, que Carlos Ameghino fué comisionado por la Dirección del Museo de La Plata a las lejanas tierras de Patagonia.

Desde entonces, el trabajo en común, y en cierta forma indivisible según mi entender, deslumbró a la ciencia con un sin fin de gratas nuevas. Y es así que Florentino estudiaba en el laboratorio, constante e incansable, los materiales que recogía Carlos.

Florentino Ameghino reconocía sinceramente los méritos de su hermano. Recuerdo haber leído en una de sus obras, en ocasión de dedicarle una familia *(Caroloameghinidae),* lo signiente : « A Carlos Ameghino, mi her-

mano menor, descubridor de las faunas mastozoológicas extinguidas de Patagonia ».

El número de especies descriptas sobrepasa el millar. Y no son, como se dijo, producto de la multiplicación de formas ya conocidas, sino, nuevas y verdaderas especies. Sin embargo, los resultados de la obra paleontológica de Florentino Ameghino, nos parece, a veces, un tanto irreal. Pero no es el caso de insistir en el tinte profético que, en ocasiones, fluye de sus escritos, porque no es aquí, precisamente, donde reside el incalculable mérito de sus obras. Cabe destacar, no obstante, la lógica de su pensamiento científico. En cierta ocasión, por ejemplo, y con anticipación de cuatro años, predijo el hallazgo de un mamífero fósil : el *Paleomastodon,* que fué encontrado, después, en el Oligoceno de Libia. Pero, es verdad también, que muchas veces, con pocos datos, construyó edificios maravillosos, que despertaron vivas polémicas. Sin embargo, es sabido que las discusiones entabladas en torno a opiniones, equivocadas o no, traen, como resultado, la luz del problema. Por mi parte, admito que « en cada error brilla un destello de verdad ».

Corresponde agregar, por último, que Florentino Ameghino, con sus construcciones filogenéticas, hizo palpitar en el mundo entero los problemas paleontológicos del suelo argentino.

Su desaparición prematura, fué motivo de gran pesar para el mundo científico, ya que su muerte se produjo en momentos en que era mucho lo que aun de él se esperaba.

Pero queda la obra fecunda de Florentino Ameghino, como exponente de lo que una vida rindió en los áridos campos de las Ciencias Naturales, a los que fertilizó con su ciencia ; y queda su vida misma, en esencia, como claro ejemplo de lo que debe ser la vida de un sabio : modesta, y desinteresada y altruísta por sobre todas las cosas.

DISCURSO DEL DIRECTOR DEL MUSEO, DOCTOR JOAQUÍN FRENGUELLI

En silencio este año ha pasado una fecha altamente significativa : la del aniversario de la muerte de Florentino Ameghino. Las instituciones científicas y culturales, las universidades y las escuelas, que otrora en esta fecha organizaban actos de honda evocación, los grandes periódicos y los pequeños que en esta circunstancia solían llenar páginas de vibrante emoción, este año han callado.

Quizás es la preocupación de la hora presente que amenazadora de crisis violentas, nos distrae y nos lleva a olvidar el culto del pasado ; o, acaso, el contagio de concepciones exóticas que nos impide evocar del fondo de nuestra historia la fuerza moral e intelectual de sus próceres más puros y más fecundos.

Mas, a pesar de todo, la grande memoria de Florentino Ameghino no

puede olvidarse. Aquí hoy está a demostrarlo cabalmente la noble y espontánea iniciativa de la juventud estudiosa del Museo de La Plata.

Y el homenaje aparentemente sencillo cobra significativa grandeza si reparamos en que precisamente el rito se cumple en este Instituto por largo tiempo considerado, por los que hoy olvidan a Florentino Ameghino, como un baluarte de ideas antinómicas e inconciliables en contra de la fe y del pensamiento del sabio.

Y el gesto de nuestra juventud adquirirá elocuencia cuando os declare que, junto con este homenaje, se ha requerido mi adhesión y mi concurso para que una estatua surja al lado del monumento de Francisco P. Moreno.

Hago mío su anhelo ; tanto más que ya tuve la oportunidad de expresar el mismo propósito, en 1934, cuando, conmemorando, en esta misma sala una fecha análoga, decía : no es posible ya que en este edificio, erigido al culto de la ciencia pura, al lado del monumento de Francisco P. Moreno, su ilustre fundador, no surja también el de Florentino Ameghino, el fundador más auténtico de la ciencia argentina y su más autorizado representante.

El anhelo es noble y es justo, agregaba ; porque, a pesar de los motivos personales y doctrinarios que separaron estas dos eminentes figuras de nuestra ciencia, ambos se inspiraron en la misma fe y en los mismos ideales de pasión por la patria. Y tanto más justificado sería este convenio de símbolos hoy cuando, como ya pude advertirlo, las causas del conflicto han terminado frente a los ideales presentes de la filosofía y de la ciencia, que, abandonando esa informe, insaciable aspiración de cantidad y de potencia, han recobrado el sentido de la calidad y los límites dentro de los cuales sólo es posible conseguir la perfección intelectual y moral, y dentro de los cuales la inteligencia debe reducirse por no envilecer la belleza, por no esterilizar la virtud, y para que la verdad no desaparezca bajo capas espesas de falsa sabiduría.

Es realmente edificante el ejemplo que brota de ésta nuestra juventud, que, en medio de la inquietud de su labor diaria y de sus problemas, para ella no menos grave que aquella que tortura la realidad de la vida en nuestra edad más avanzada, se preocupa en rendir culto a valores exclusivamente espirituales.

Porque, en mi sentir, a pesar de la difusión que justamente se ha dado a la obra ameghiniana, a pesar de todo lo que se ha dicho y escrito acerca de la personalidad y la producción científica del sabio, yo no creo que la mente juvenil, por más estudiosa que fuera, logre comprender la esencia y el contenido de esta obra y de esta personalidad, ambas que no se alcanzan sino tras larga meditación y el esfuerzo que finque en capacidades críticas maduras y en una base de cultura vastísima.

Pero, frente al hecho que se repite como trasunto de pasión viva, resalta evidente que, si no es la sabiduría, es la personalidad moral y la obra espiritual del sabio lo que la juventud siente en su corazón y admira su mente

con percepción clara; y por intuición percibe el hálito de este lalento incomparable que logró salvar su espíritu frente a las tentaciones de la ambición y del lucro para consagrarse al culto de ideales puros, desde que se abrieron sus ojos al grandioso espectáculo de las armonías del mundo.

Es este ejemplo admirable de espiritualidad que la juventud advierte y en él quiere inspirarse para la obra fecunda que ha de realizar en su porvenir, y con inquebrantable fidelidad siempre retorna su alma sedienta como a un raudal inagotable de voluntad y de impulso.

Es, en efecto, Florentino Ameghino el epónimo y el maestro más que el naturalista, el símbolo de la voluntad que triunfa más que el sabio genial; y el faro que ha de marcar vuestros derroteros.

No hay duda de que también en nuestro ambiente hubo naturalistas más cultos y más sabios en las diversas disciplinas que en su empeño abarcaron. Y los hubo también más famosos. Mas ninguno entre ellos dejó en esta tierra el surco profundo que marcó el pobre maestro rural, desde el momento en que emprendió su fecundo camino, desde las barrancas de la villa natal hasta el fastigio de su apoteosis.

No hay duda de que también otras naciones de nuestro continente tuvieron sus sabios y sus naturalistas inspirados en ideales puros y en la pasión patriótica. Pero, en ninguna parte el amor a la ciencia y el culto de la naturaleza pudo llegar a tan alto nivel como, en la Argentina, supo llevarlos Florentino Ameghino.

Queda aún vivo el recuerdo de aquellos sabios naturalistas extranjeros que rasgaron la virgen naturaleza de América y hallaron en ella infinitas sugestiones de trascendencia para el grandioso desenvolvimiento de la cultura universal.

Algunos, entre elllos, habían surcado fugazmente el cielo de América como el vuelo de aves de paso que pronto se pierde en las brumas de horizontes lejanos. Los incalculables tesoros llevados por Humbolt en las postrimerías del régimen colonial, y por Darwin y d'Orbigny o mediados del siglo pasado, habían enriquecido los veneros de la ciencia en Europa; pero nada habían logrado en su ambiente de origen, agotado primero por codiciosas explotaciones, convulsionado luego por las épicas luchas de su independencia y, por fin, desgarrado por la turbulencia de discordias civiles, largas y cruentas, para el logro de su definitiva organización social y política.

Otros habían permanecido más largamente, traídos de Europa por la iniciativa de gobernantes ilustres, para fomentar obra de cultura en los nuevos pueblos y un legítimo anhelo de emancipación también en el campo ideal de la ciencia y del pensamiento; pero todos ellos, cuando no fueron arrebatados por el vórtice impetuoso de la contienda, se estancaron en la quietud de los remansos académicos; y de su obra meritoria y sabia nada había trascendido al ambiente.

Tampoco en el alma del pueblo cundió el acervo intelectual acumulado con tesón por naturalistas nacionales y extranjeros más tarde, cuando, aca-

llado el eco de las discordias, las naciones latino-americanas iniciaron una época nueva de bienestar y de progreso en la ciencia y en el arte, en la técnica y la cultura.

Es en este momento que nuestro país logra destacarse con personería autorizada y singular.

Ocioso sería discutir si la América latina ha realizado o no el edificio de una cultura propia. En realidad, en lo más hondo debemos sentir el orgullo de que, en medio de las luchas que desgajan los pueblos y las razas, los partidos y los hombres, es sólo en el campo de la cultura y especialmente en la ciencia donde la solidaridad humana ha conseguido el hermoso triunfo de hermanarnos y de reunir en un consorcio común todas las sociedades vinculadas por los principios esenciales de nuestra civilización.

Pero, no puede haber dudas de que, dentro de esta grande unidad espiritual, ha logrado brillar la Argentina con destellos luminosos y propios: por el fervor de sus hijos, por el celo de sus próceres, pero sobre todo, por el entusiasmo patriótico de Florentino Ameghino.

En este campo ideal, no es posible desconocer la influencia de aquel genio constructivo que fué Domingo Faustino Sarmiento. No podemos ignorar tampoco la obra fecunda realizada por las instituciones íntimamente vinculadas con su generosa acción creadora. Entre ellas, sobre todas, la Academia nacional de Córdoba y la Escuela normal de Paraná; ambas de trascendental importancia en el desenvolvimiento de nuestra cultura y en la emancipación de nuestra conciencia: en el campo filosófico y pedagógico ésta; en el científico aquélla.

Preciso es reconocer, sin embargo, que ambas bien pronto declinaron al brillo de luces nuevas.

Es que el epíritu humano no puede encastillarse en las fórmulas exactas y precisas del tecnicismo, del racionalismo y del cientificismo. Necesita vagar, en cambio, y libremente en los vastos espacios de la emoción y del sentimiento, y quiere alimentarse también de la ilusión que halaga y de la fantasía que crea ideales de bondad y de belleza.

Como toda labor humana, también la ciencia y, en particular, las ciencias naturales, necesitan de la imaginación, del entusiasmo y del cálido impulso de la pasión.

Y es precisamente de un íntimo y venturoso connubio entre razonamiento e imaginación, meditación y sentimiento, observación y fantasía, de donde ha nacido la magnífica obra de Florentino Ameghino.

Y es de su pasión, sostenida por una sorprendente capacidad de trabajo, por una inmensa fe en la bondad de sus propósitos, en un anhelo sin límites de libertad, de donde brotó la ciencia argentina.

Rechazar las hipótesis ameghinianas por su aspecto arbitrario y atrevido, condenar sus ideas por absurdas o por su ropaje irreductible a forma científica, habría significado destruir, junto con el involucro defectuoso, el germen vital de nuestra ciencia.

Hay, sin embargo, en las veinte mil páginas de la obra de Ameghino una labor científica precisa y concreta. En su vasta producción que, en el generoso escenario de nuestra naturaleza, todo lo quiso abarcar, no podría haber crítico honesto que, por más exigente que fuera, no lograra descubrir una sorprendente cantidad de contribuciones valiosas a la verdad científica: en el ámbito sistemático y descriptivo principalmente, pero también en el interpretativo y numénico; formuladas, a veces, con precipitación y arrojo, pero otras con rigor de método y de lógica, con penetración y competencia.

El joven colega Armando Leanza, alumno aventajado y entusiasta de nuestro Instituto, con el fervor y la emoción que corresponden, acaba de informarnos brevemente acerca del ingente tributo traído a las ciencias paleontológicas por Florentino Ameghino.

Permitidme ahora que, a manera de complemento, agregue una breve síntesis de su labor geológica.

Florentino Ameghino no fué geólogo; ya en anterior oportunidad debí afirmarlo. No lo fué en el sentido técnico y profesional, porque, como ya dije, nunca se ocupó de los grandes problemas de la geología; de los fenómenos esenciales de la dinámica, de la tectónica, de la geofísica y de los que trata la geogenia, aspiración última de toda ciencia geológica.

Y cuando tuvo que referirse a ellos, carece de originalidad y se ajusta a las ideas entonces más corrientes, sobre todo entre los partidarios del evolucionismo de Lyell.

A la geognosia regional, sobre la base de datos en su máxima parte proporcionados por Carlos Ameghino, su hermano y eminente colaborador, llegó a través de la paleontología; y sus interesantes síntesis de estratigrafía argentina descansan casi exclusivamente sobre métodos paleontológicos: esto es, sobre el grado evolutivo de las formas y de los grupos faunísticos, especialmente de los mamíferos: y sobre datos estadísticos comparativos y porcentaje de supervivencia.

La aplicación quizá excesiva de estos métodos fué lo que mayormente llevó a Florentino Ameghino a las más estridentes polémicas y a las inexactitudes de apreciación cronológica que tanto influyeron en sus hipótesis antropogénicas, mastogénicas y paleogeográficas, y que tanto las afectaron.

Sin embargo, preciso es convenir que también en la obra ameghiniana es donde debemos buscar el fermento más eficaz y más eficiente de nuestra geología y particularmente de nuestra geología estratigráfica.

En ella hallamos, además, el primer impulso que recibieran nuestros conocimientos dentro del campo de estos estudios, escabroso y difícil.

Baste decir que los tres horizontes geológicos, en que d'Orbigny había encerrado todos los terrenos argentinos del mesozoico, del cenozoico y del neozoico, los mismos que, treinta años más tarde, Adolfo Doering había subdividido en catorce pisos, llegaban a 61 en la síntesis final de Florentino Ameghino; cada uno documentado prolijamente en sus caracteres petrográficos, estratigráficos y paleontológicos.

En los detalles, dos formaciones geológicas atraen particularmente la predilección de Florentino Ameghino : la Pampiana, que, en contra de las opiniones ya vertidas por naturalistas ilustres, como Darwin, d'Orbigny, Bravard, Burmeister y Steinmann, consideraba terciaria en su totalidad y las Patagónicas, que, en controversia con Hatcher Wilckens y Loomis, repartía entre Paleogeno y Cretáceo.

Comenzó el estudio del Pampiano en las mismas barrancas del río Luján que lo vieron nacer y que habían despertado en él, cuando aun niño, su gran vocación. Luego pudo extenderlo a todo el rincón de La Pampa, en Buenos Aires, La Plata, Mar del Plata, Chapadmalal, Monte Hermoso, Córdoba.

Sus primeras preocupaciones, más que la tarea descriptiva, fué la interpretativa. En su primer trabajo científico, publicado como artículo, en un pequeño diario de Mercedes, el 16 de setiembre de 1875, antes de profundizar el conocimiento de los mismos terrenos, se esforzó en descifrar el origen de sus detalles : por de pronto, la génesis de las concreciones calcáreas que los incrustan.

Desde ya, vemos revelarse uno de los rasgos primordiales de su temperamento y de toda su obra : la síntesis que se anticipa al análisis.

En « el origen de la tosca » polemiza con el sabio Carpenter, y sostiene que tales concreciones no derivan de la concentración de las sales calcáreas de foraminíferos y moluscos eventualmente contenidos en los estratos superficiales y disueltas por aguas filtrantes ; sino de la concentración del carbonato de calcio que resulta de la misma descomposición de las rocas.

Aun cuando la explicación satisface un solo aspecto del complicado problema, el joven Ameghino, el geólogo en ciernes, acierta.

Lo mismo, poco más tarde, cuando, en contra del criterio de sus predecesores afirma que las eflorescencias salinas del suelo y las sales de los salares no representan el residuo de las aguas marinas que, en un pasado geológico reciente, cubrieran la superficie de nuestro territorio, sino los productos de la descomposición del yeso del subsuelo, ascendidos por capilaridad.

Con ventajas impugna, luego, las hipótesis ya emitidas acerca del origen del manto loésico que cubre las Pampas : tanto la de d'Orbigny que se amoldaba a los viejos conceptos catastróficos de Cuvier, como la del inmenso estuario de Darwin, que se basaba en la nueva doctrina lyelliana.

Y demuestra que múltiples factores, internos y externos, el viento, las aguas superficiales y las fuerzas subterráneas, debieron concurrir en la construcción de tan grandioso fenómeno.

Su tarea estratigráfica, que comienza años más tarde, en un principio se limita a separar de la « formación pampiana » una « post-pampiana » en que reúne los pocos estratos superficiales que Ameghino aceptara como cuaternarios.

Pero, luego, año tras año, junto con magníficas poblaciones faunísticas,

nuevos horizontes geológicos se revelan y se definen por el esfuerzo estupendo de Florentino Ameghino : el Lujanense de las barrancas fluviales de Mercedes y Luján ; el Bonaerense de la capital federal y sus alrededores ; el Belgranense de los viejos albardones de la orilla del estuario platense en Olivos y Belgrano; el Ensenadense en las excavaciones para la construcción del puerto de La Plata ; el Preensenadense, en las del dique de carena del puerto de Buenos Aires ; el Hermosense en los acantilados costeros de Monte Hermoso, cerca de Bahía Blanca ; el Chapalmalense en la costa atlántica de Miramar y Chapadmalal, en proximidad de Mar del Plata.

Más intensa aún fué la labor en el misterioso tablado patagónico.

Pero, en este campo, el más fecundo de la obra ameghiniana, junto con la memoria de Florentino es ineludible evocar también el recuerdo de Carlos, su hermano, investigador bondadoso y modesto, observador avezado y prolijo, explorador infatigable y abnegado.

Desde 1886, cuando el lejano sur era todavía tierra casi virgen para las conquistas de la civilización y la ciencia, por 24 años Carlos Ameghino, en las penurias de climas recios y de comarcas desiertas, exploró Patagonia, desde las orillas del río Colorado hasta el estrecho de Magallanes, desde el borde del océano hasta las faldas cordilleranas.

En un principio como naturalista viajero de este Museo de La Plata, donde Florentino, al lado de Francisco P. Moreno, ejercía el cargo de vicedirector.

Luego, por cuenta propia, y con los medios precarios que pudo suministrarle la venta de colecciones y las magras ganancias de la pequeña librería, donde su sabio hermano, atendiendo la menuda clientela del barrio y fabricando cometas, había refugiado su vida azarosa y su rebeldía.

En las alforjas de su montura o en destartalados carritos, pacientemente, por estepas y eriales, era Carlos quien iba acumulando aquellos tesoros paleontológicos con los cuales Florentino, en La Plata o en Buenos Aires, daba insospechados impulsos a la paleontología y cimentaba su gloria.

También en este vasto escenario es la faz interpretativa que comienza a preocupar la mente del joven naturalista.

El problema de los « rodados patagónicos », en un principio, lo inquieta y lo aflije. Sobre las base de las informaciones erróneas de sus predecesores, qiuenes creyeron haber visto una enorme capa de rodados, espesa y continua, cubrir el inmenso territorio patagónico en toda su extensión, su empeño vacila.

Por largo tiempo no sabe decidirse si su edad puede ser cenozoica o pleistocena, y si su masa fuera producto de los hielos o del mar, de acarreos fluviales o derrubios de desintegración de basaltos.

Pero, por fin, aquieta su espíritu en la única explicación lógicamente posible desde el punto de vista genético : en la acción combinada del océano, de las lluvias, de los ríos cordilleranos y de los glaciares de los Andes.

Luego, viene el análisis.

Análisis minucioso y prolijo, de una multitud de faunas extinguidas, que reviven bajo la pluma fértil del sabio ; y, con ellas, remotas relaciones paleogeográficas, hasta entonces ignoradas, y horizontes estratigráficos nuevos, continentales y marinos : el Proteodidelfense, el Portezuelense, el Notostilopense, el Astraponotense, el Salamanquese, el Sehueniense, el Piroteriense, el Tequense, el Colpodonense, el Juliense, el Astrapotericulense, el Superpatagoniense, el Notohippidiense, el Santacrucense, el Magellaniense, el Areniense...

En esta larga enumeración, que sólo menciona los pisos principales de la compleja síntesis ameghiniana, fácil es advertir otro de los rasgos peculiares del carácter del sabio : su rebeldía a los moldes estrechos de las fórmulas académicas, su irreductible aversión a los convencionalismos de la forma.

En el ulterior desarrollo de nuestra ciencia geológica, muchos de estos nombres, que no se ajustan a las leyes establecidas para la nomenclatura estratigráfica, serán olvidados.

Serán, quizás, olvidados también muchos de sus pisos por inconsistentes o superfluos.

Desaparecerán éstos, como ya muchas de sus interpretaciones o hipótesis cronológicas y filéticas, hijas efímeras del entusiasmo y de la ilusión del momento.

Mas no menguará nunca la grande figura de Florentino Ameghino, ni la majestad de su obra.

Antes bien, como precioso metal en la fragua, adquirirá siempre más intenso esplendor al despojarse de las escorias y las gangas.

Porque el gran naturalista, a la inmensidad de las Pampas, al grandioso paisaje patagónico, a la majestuosidad de la cordillera, a la investigación, a la cátedra, no llevó en su espíritu el acicate del lucro, ni la inquietud del mercader ; sino espontaneidad de sentimiento, grandeza de propósito, y un infinito deseo de ser el heraldo del sentir de la naturaleza de su patria y de aquella intelectualidad que, a pesar de todo, supo imprimir a la cultura un sello imborrable de universalidad humana.

Y, para siempre, un girón de su grande alma ha de palpitar especialmente entre vosotros, jóvenes alumnos de este Instituto, en vuestro corazón, en vuestro pensamiento, en vuestra veneración, en las mejores esperanzas de vuestro porvenir.